

# Sección de notas

## PROUST: EL HABITO Y LA AVENTURA

*No hay enemigo más diestro que la realidad.*

MARCEL PROUST

Desde San Agustín hasta hoy el tiempo ha sido, sin lugar a dudas, una de las preocupaciones fundamentales de la filosofía y la literatura de occidente. Sería farragoso e innecesario enumerar, empezando por el Renacimiento hasta Thomas Mann y Azorín, los autores que han intentado el tema. Sin embargo, quisiéramos consignar que un hito en el camino de esta meditación temporal lo marca Marcel Proust con la publicación de su libro *A la recherche du temps perdu*.

Se inicia con esta obra una nueva actitud, una postura distinta del pensador ante el tiempo. El hombre actual, después de Proust, considera el tiempo y su incesante fluir como la mayor tragedia que pueda afligirle y a esta nueva luz trata de interpretar su historioso suceder sobre la tierra. Creo que es esta original visión de la temporalidad, el legado que Proust cede a la historia: un análisis psicológico, en el que la relación Hombre-Tiempo adquiere todo matiz y profundidad posibles.

Convendría exponer con brevedad el concepto que Proust tiene del Tiempo, para así mejor entender su idea del Hábito y la Aventura, temas en los que centramos este trabajo.

El Tiempo es para Proust, como para el resto de los hombres, un monstruo bicéfalo cuya cabeza está constituida por dos conceptos diametralmente opuestos: el de condenación y el de salvación. ¿Con cuál de las dos se enfrenta al escritor? Para Marcel Proust el hombre es víctima y prisionero del Tiempo. No hay posibilidad de escape de las horas y los días, tampoco del ayer o del hoy. No somos solamente más viejos o débiles de lo que éramos ayer, sino distintos a lo que éramos antes de la catástrofe que constituyó ayer. Todo llega cuando

ya no tiene sentido, porque las aspiraciones de ayer eran tan sólo válidas para el hombre de ayer y no para el de hoy. La identificación del sujeto con el objeto de su deseo adquiere validez sólo en el momento en que aquél siente este deseo; una hora, un día después, quizá deje de interesarle lo anhelado, pues con el paso del tiempo el sujeto cambiará en su camino, hasta llegar a morir para renacer cada vez distinto, por lo que distintos serán los objetivos ambicionados. Las cosas se hacen aún más difíciles cuando se trata de la sincronización de dos sujetos, caso del acoplamiento humano, en donde nos enfrentamos con el problema de que el sujeto deseado tiene personalidad, volición y movilidad propias y autodeterminantes, que para nada dependen y en ningún modo pueden ser idénticas a las funciones volitivas del sujeto activo. Así, sea cual fuere el sujeto objeto que deseamos, contando con el tiempo, y los cambios que el mismo determina en el ser humano, nuestra sed de posesión es *a priori* y por definición insaciable. «Sólo amamos aquello en que buscamos algo inasequible, sólo amamos lo que no poseemos» (1). El tipo de *liaison* Narrador-Albertine es la típica relación amorosa cuyo fracaso está previsto desde sus orígenes. Quizá, pues, para Proust, en el bicéfalo monstruo del tiempo, la cabeza de condenación Impera sobre la de salvación. Parodiando a Unamuno podríamos afirmar que Proust tiene un sentimiento trágico del Tiempo el cual influye de un modo decisivo en su creación, en el desarrollo de su pensamiento y el curso de su vida.

Dentro de la extensa coyuntura Hombre-Tiempo están inmersos, como es lógico, las dos formas de vida antes mencionadas: El Hábito y la Aventura. La decisión ante este dualismo, ante esta disyuntiva con la que el hombre se encara en perpetua continuidad, es para el autor de *Pastiches et Melanges* parte esencial de su creación literaria y de su biografía. El hombre ha de elegir, y sea cual fuese su elección, ésta le ha de llevar fatalmente al aburrimiento o al dolor, sentimientos básicos en el mundo real y literario del novelista francés. El mismo nos lo dice: «Me daba cuenta de que mi vida con Albertine no era más que, por una parte, cuando no tenía celos, aburrimiento; por otra parte, cuando los tenía, sufrimientos» (2). Hábito o aventura, tedio o dolor.

Sería interesante dar una idea de lo que puedan ser el Hábito y la Aventura, para ver después cuál fue el voto proustiano. El Hábito no es más que un compromiso creado entre el individuo y sus deseos, y con el ambiente que le rodea. Es la sujeción de la vida a lo

---

(1) Proust Marcel: *La prisionera*, p. 417, Alianza Editorial. Traducción de Consuelo Bergés.

(2) *Ibid.*, p. 426.

que debe hacerse por causa de este pacto previo, e implica la esclavitud al orden y al deber. Algo parecido a una soga suave como la seda pero que mantiene al hombre atado a unas costumbres, que no le permiten *ser* aunque le ayuden a *vivir*. La confortable torre de marfil que reduce la existencia humana a un rito. El hábito es Francóise, su cocina, y sus días destinados a la compra (en Combray) en los que todo varía, quedando amarrado y sujeto, al pacto firmado entre ella y su decisión de ir al mercado a cierta hora de cierto día de la semana. Como es lógico, el hábito engendra la rutina y ésta el *tedium vitae*; y no importa que sea una forma de vivir llena de excentricidades, como fue la de Proust, pues la repetición de éstas, conduce de todos modos a la esclavitud al orden, y por tanto a la aburrida involabilidad de las costumbres diarias, que por extrañas que nos parezcan a los demás, acaban por convertirse en consuetudinarias para el que a ellas se ató por decisión previa.

¿Qué diríamos de la Aventura? El hombre realiza a lo largo de su vida incontables pactos entre las incontables facetas que la constituyen y sus objetivos correspondientes. Hay así una serie de adaptaciones a veces separadas por un lapso. Estos períodos de transición, entre dos adaptaciones consecutivas en los que el hombre queda libre, constituyen los momentos de la aventura en los que el aburrimiento de *vivir* queda sustituido por el sufrimiento de *ser*. «En nuestro ser, instrumento que la uniformidad del hábito ha hecho silencioso, el canto nace de estas diferencias, de esas variaciones, fuente de toda música» (3). Es cierto, las variaciones nos acercan al canto y del canto nace, como contrapunto, el dolor. La aventura nos lleva como el hábito al sufrimiento, un sufrimiento más intenso y distinto del que aquel nos proporciona, pero sufrimiento a la postre. La aventura, si es auténtica, es siempre peligrosa y fértil, penosa en cuanto engendra misterio, creadora y por lo mismo dolorosa.

Ante la dualidad establecida, Proust, como todo ser humano, tiene que tomar una decisión: o la esclavitud al hábito, cuerpo y alma sometidos a un orden previsto aun inconscientemente y quizá en contra de la voluntad del contrayente, o el dolor de ser, entregado a ese canto producido por las variaciones y diferencias, «fuente de toda música» es verdad, pero del que mana también el más alto dolor.

No intentamos hacer una hagiografía sino testimoniar un hecho y dar una explicación lógica del proceder proustiano ante el dilema Hábito-Aventura.

---

(3) *Ibid.*, p. 25.

Por motivos orgánicos le había sido negada la aventura en la que interviene el esfuerzo físico, la aventura que en el intelectual, curioso por definición, tantas veces se inicia con nuevas experiencias que requieren ruptura de hábitos en lo externo y son, a veces, causa y origen de la creación artística. Los viajes a Deauville, el Balbec de *A la recherche*, una peregrinación tras las huellas de Ruskin a Venecia, la esforzada asistencia, siempre el último en llegar a fiestas y saraos, las comidas literarias (aquella en que conoció a Joyce y con quien apenas cruzó unas palabras), una simple salida al campo o la natural e inevitable llegada de la primavera, eran para Proust obstáculos casi insalvables. Basta pensar en la famosa escena de la habitación del Gran Hotel de Balbec en compañía de su querida abuela, en donde la ruptura del hábito—techos demasiado altos, muebles extraños y por lo tanto enemigos— le produjeron un ataque de asma que obligó a la amante señora a desabrocharle las botas. Basta saber de su dolor ante los preparativos de cualquier viaje, conferencia o trabajo que implicara ruptura de sus hábitos. Basta recordar los innumerables proyectos frustrados, después de largas semanas de acariciarlos, por las tremendas dificultades que para Proust representaba cualquier cambio de costumbre, cualquier desacuerdo con el pacto firmado entre las exigencias de su desequilibrio nervioso, sus extravagancias y el ambiente de que había sabido rodearse. No pudo Proust escoger la aventura del intelectual, peregrino de experiencias que satisfagan la curiosidad de su espíritu. Mas siendo un pensador, un hombre preocupado por el conocimiento del alma humana y del gran enigma de la vida, tampoco pudo vegetar, como una planta de invernadero, en la rutina que constituía sus costumbres religiosamente practicadas en una atmósfera enrarecida de humos aromáticos y ventanas perpetuamente cerradas, tan molestas para los amigos que le visitaban y tan propicia para su quebrantada salud. Proust estaba fatalmente ligado a su obra y no podía sofocarla dentro de la sagrada inviolabilidad de sus hábitos. ¿Cómo hacer pues la sustitución del tedio por el dolor? Sujeto en lo exterior a un hábito, impuesto por su circunstancia, Proust escogió el único camino que le quedaba abierto para que en él se diera la posibilidad de ser. Decidió apropiarse de la aventura, encerrarla en su extraña casa, y allí vivirla sin alterar sus ritos. Eligió vivir la gran aventura del espíritu que constituye la minuciosa observación y disección de las reacciones humanas, aquel itinerario apasionante iniciado con el aroma emitido por la famosa magdalena en contacto con la infusión y continuando por un decidido enfrentarse al tiempo perdido, adentrándose por los más recónditos y misteriosos pasajes del pasado del alma humana; aventura del espí-

ritu que había de traerle de nuevo el pasado convertido en un presente lleno de dolor: «como el bienestar resulta para nosotros mucho más que de nuestra buena salud del excedente inaplicado de nuestras fuerzas, podemos alcanzarlo lo mismo aumentando éstas que restringiendo nuestra actividad. El excedente de la mía, mantenida en potencia en mi cama, me hace vibrar, saltar interiormente, como una máquina que, no pudiendo cambiar de sitio, gira sobre sí misma» (4).

No hubo así necesidad de alteración de costumbres y el hábito continuo en lo que a actos externos se refiere. Después de tomar la decisión de llevar a cabo su gran obra, se alejó definitivamente y para siempre de la aventura en el sentido físico de la palabra, para vivir la del espíritu, día a día, encerrado en su casa. Los objetivos placer, éxito, interés, curiosidad, reflejaban la necesidad de un cambio que apenas podía tolerar, por lo que fueron sustituidos por las vivencias del espíritu mucho más profundas que todo aquello que para nada le obligaban a romper el pacto que había firmado con sus deseos. Y la aventura así fue, por más intensa, más dolorosa y más creadora que nunca.

No era fácil su tarea. Al hablarnos de un sol olvidado al que volvemos a encontrar, de la renovación de un mundo exterior, de la vida de algunas ciudades y la alegría de ciertos paseos, exclama: «Estremecido todo yo en torno a la cuerda vibrante habría sacrificado mi vida de otro tiempo y mi vida futura, suprimidas por la goma de borrar del hábito, por aquel estado tan especial» (5). Fue difícil liberarse de esta goma de borrar, pues aunque sea agente de aburrimiento, también lo es de seguridad. El dilema se plantea cada día al escoger entre la aventura que abre una ventana a lo real, siempre en compañía del dolor, o el hábito, una especie de *segunda naturaleza* que puede considerarse como el más tolerable de los males humanos. En Proust triunfa el *ser* frente al *vivir* a lo largo de toda su vida y obra, y nos encontramos con un espíritu de aventura tan alto y una aventura tan rica y profunda que es capaz de producir aquellas primeras páginas de *Du côté de chez Swann*, llenas de emoción, en las que el narrador, desde la cama de su pequeño cuarto en casa de su tía Leonie, con un elemento tan simple como la esperanza que tiene un niño de que su madre le de un beso de despedida antes de dormirse, vive una auténtica y asombrosa aventura, apasionante por su ternura y por su verdad.

---

(4) *Ibid.*, pp. 25 y 26.

(5) *Ibid.*, p. 25.

No es más que una gran y continuada aventura del espíritu, supe-  
ditar el día entero, encerrado en casa, a la espera de la deseada carta  
de Gilberte durante tres correos consecutivos pensando que al no  
llegar en el primero lo hará en el segundo, y al fallar éste en el ter-  
cero, y al final en el matutino del día siguiente. La exclamación al  
cabo de muchas semanas de espera es bien significativa: «Sólo pierde  
el que ama» (6).

Y hemos tropezado irremisiblemente con el sentimiento vivificador,  
elemento básico y esencial en la vida de los hombres: el amor: En él  
busca Proust, y la encuentra, la mayor de sus aventuras «renace la  
ansiedad, renace el amor». Por ello de toda su obra, a mi entender, el  
libro que ejemplifica con más claridad la teoría antes anunciada del  
Hábito y la Aventura es *La prisonnière*. Albertine es la posible aven-  
tura encarcelada a la que el Narrador deja esporádicamente en liber-  
tad, para poder observar su conducta, y a través de sus vivencias,  
convertir esta posibilidad en realidad. La antimomia aventura-prisio-  
nera, queda destruida. Es preferible una Albertine capaz del engaño,  
la traición y la mentira, el misterio inherente a la aventura congénita  
al dolor, a una Albertine prisionera en la dorada cárcel del hábito, que  
sólo seguridad y aburrimiento puede ofrecerle. Y como había decidido  
vivir compañero del dolor le daba ocasión de suscitarle los celos. Lo  
hemos visto en el párrafo antes citado. No le servía una Albertine  
engarzada, como un objeto más —en sus extrañas costumbres—, ne-  
cesitaba una amante objeto-sujeto con personalidad, movilidad y voli-  
ción propias y por lo mismo distintas y capaces de engendrar la aven-  
tura y el necesario dolor. «Cada día me parecía menos bonita. Sólo  
el deseo que suscitaba en los demás la izaba a mis ojos en un alto  
pavés cuando, al enterarme, comenzaba a sufrir de nuevo y quería  
disputársela ... y sólo por el sufrimiento subsistía mi fastidioso apego  
a ella» (7). Es la conducta incierta y variable de Albertine, el gran ac-  
cate del amor que por ella siente el Narrador, y de acuerdo con la  
misma, varían esencialmente los sentimientos del personaje: «Es el  
hombre que sintiendo que se debilita su inclinación por la mujer amada  
aplica espontáneamente las reglas que ha sacado de su experiencia y  
para estar seguro de no dejar de amar a la mujer, la pone en un medio  
peligroso donde tendrá que protegerla cada día» (8). Proust quiere ser  
aunque sepa que el dolor de la aventura ha de acabar con él o con  
la causa de la misma: «de suerte que, bien pensado, mi sufrimiento  
no podía acabar más que con Albertine o conmigo» (9). Poco después

(6) *Ibid.*, p. 426.

(7) *Ibid.*, p. 28.

(8) *Ibid.*, p. 449.

(9) *Ibid.*, p. 22.

dirá en unas líneas que explican diáfananamente y en su totalidad la teoría de la sustitución de la aventura física por la del espíritu «solía dedicar a imaginar el paseo de Albertine las fuerzas que no empleaba en hacerlo y hablaba a mi amiga con ese ardor que conservan intactos los proyectos no cumplidos» (10).

No podía faltar en la aventura proustiana, como en ninguna otra, uno de los elementos definidores de la misma: el misterio. Para Proust no sólo es un misterio lo que Albertine hace en sus salidas sino que ella por sí constituye como objeto-sujeto un verdadero e indescifrable misterio, «ese lamentable período en que un ser diseminado en el espacio y en el tiempo ya no es para nosotros una mujer sino una serie de acontecimientos que no podemos poner en claro, una solución de problemas insolubles, un mar que como Jerjes, queremos ridículamente azotar para castigar por lo que se ha tragado» (11).

Como también es un misterio, del cual necesita fatalmente para subsistir, su idea de Albertine pues en el momento en que cree haberla conocido «en todo lo posible» exclama: «por eso aquel amor no podía durar, a menos de seguir siendo desgraciado pues por definición no satisfacía la necesidad de misterio».

En toda su extensión y en toda su profundidad se da la aventura en Proust oculta en su obligado y sólo aparente hábito. Todas las características que la informan y la definen, el *ser*, la fertilidad creadora, el misterio, el dolor, son también esenciales en la obra y en la vida del escritor. De tal modo, es cierta la afirmación, de que Proust considera la realidad en la que vivimos como una aventura de objetivos inalcanzables por lo desconocidos y mutables: «La realidad no es más que un incentivo para una meta desconocida en cuyo camino no podemos llegar muy lejos».

Al visitar, en Illiers —*Le Combray de Marcel Proust*— los lugares proustianos, vino a mi mente la idea de este trabajo. Con claridad vi el espíritu de aventura, la sensibilidad y la capacidad de asombro y de dolor que había necesitado el escritor francés para convertir aquel pueblo, esencialmente provinciano, en un lugar de verdadero interés universal. La casa de tía Leonie no es más que una vivienda sencilla, típica de la burguesía de un pueblo pequeño en las cercanías de Chartres. La escalera que conduce al cuarto de Marcel que yo había imaginado enorme, casi majestuosa, llena de misterio y esplendor, es sólo una escalera de madera algo más estrecha de lo normal, que sube haciendo zigzag hasta el segundo piso, el comedor, frío como casi todos sus semejantes y la salita, a la que acudían después

---

(10) *Ibid.*, p. 111.

(11) *Ibid.*, p. 79.

de cenar sus familiares «como moscas a la miel», reducida e insignificante. Nada hay que decir de la famosa cocina de Françoise de tamaño y distribución parecida a cualquier cocina de un pueblo del levante español, y del jardín que la rodea diminuto, sencillo e inverosímil escenario de tantos sucesos clave de *A la recherche*. A pesar de esta simplicidad de elementos, Proust entregado a la aventura que representa la revivencia del pasado, en el intento del análisis profundo del alma humana, crea un mundo propio distinto y difícilmente superable. El partido de la aventura, que constituye el paso del tiempo y sus efectos en la vida de los hombres, ha sido tomado y Proust es, sufre y crea Inmerso en el misterio que para todo pensador constituye el existir humano. El hombre Marcel Proust entre el hábito y la aventura escogió esta última, aunque fuera una aventura única que él mismo creara a la medida de sus posibilidades.—JOSE B. VIDAL (*Instituto Internacional, Miguel Angel, 8, MADRID-10*).

## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA NARRATIVA CHILENA EN EL EXILIO

En un artículo titulado «La tradición poética», publicado el año pasado, durante su permanencia en Chile, Jorge Edwards, al comentar la supervivencia de nuestra tradición poética, dice que Chile

...ha sido desde los tiempos de don Alonso de Ercilla un apéndice curioso y rico de la poesía occidental, a pesar que los académicos del siglo XIX quisieron ponernos la etiqueta de país de historiadores, como si la historia y la fantasía creadora estuvieran reñidas (1).

Si bien es cierto que nuestro interés no se centra, en este momento en la tradición poética chilena, la última opinión del escritor sobre la inevitable relación existente entre la historia y la fantasía creadora nos acerca al propósito del presente trabajo: ofrecer algunas consideraciones sobre los tipos de narrativa, producida por escritores

---

(1) Jorge Edwards: «La tradición poética», *Hoy* I (30 de agosto-5 de septiembre de 1978), página 45.